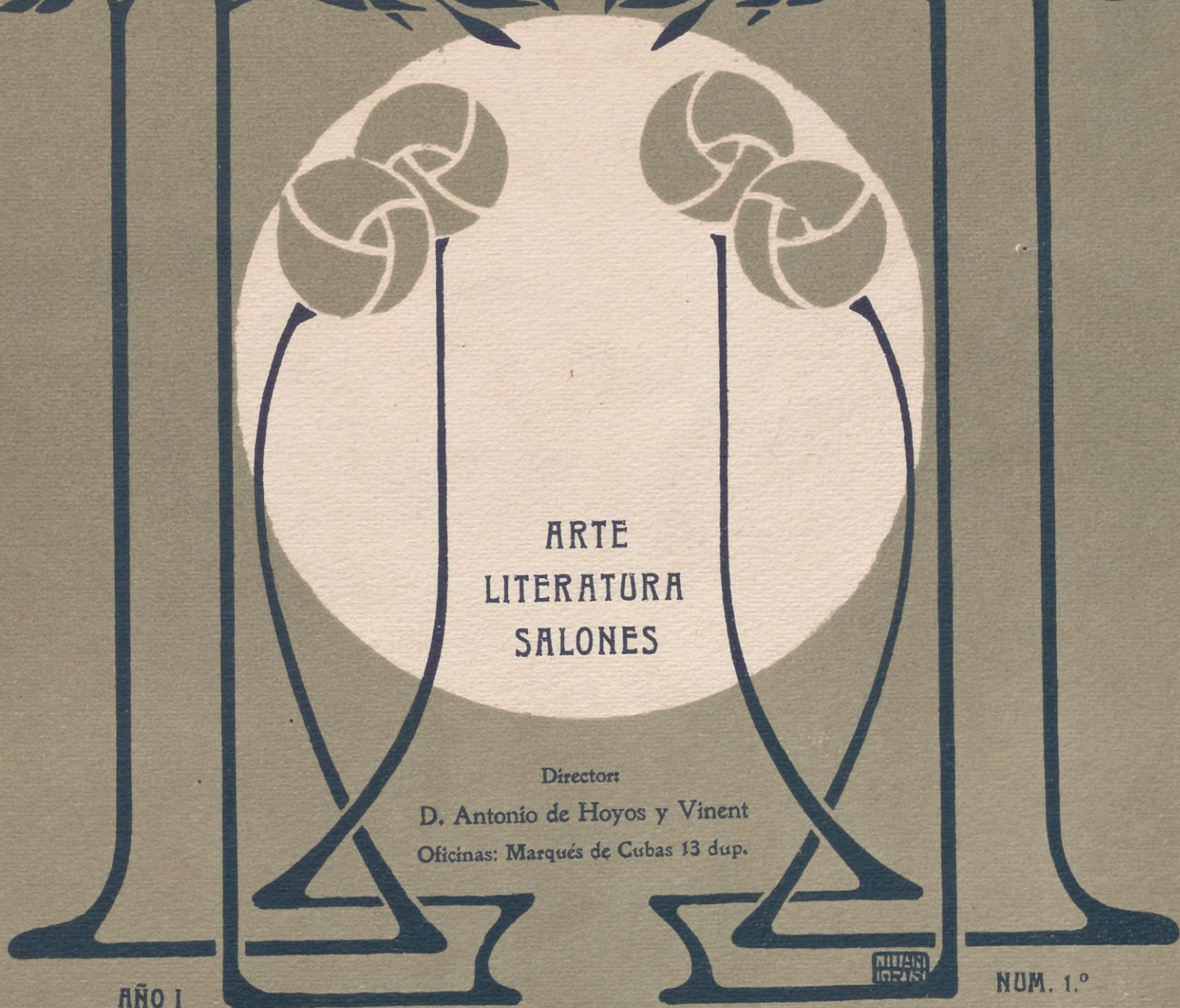




GRAN MUNDO



Y SPORT



ARTE
LITERATURA
SALONES

Directors

D. Antonio de Hoyos y Vinent
Oficinas: Marqués de Cubas 13 dup.

AÑO I

PRINTED
IN SPAIN

NUM. 1.º

GRAN MUNDO & SPORT

AÑO I

Madrid, 20 de Abril de 1906

NÚM. 1.º



LA PRINCESA VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG

REINAS CATOLICAS

MARIA CRISTINA Y VICTORIA EUGENIA

QUIERE esta Revista naciente — con galantería clásicamente española, muy de celebrar — que se consagre su primer artículo á la Princesa encantadora que va á ser pronto nuestra Reina; quiere, con plausible delicadeza, que publicación principalmente dedicada á las damas españolas, comience sus trabajos con algunos renglones á la que va á ser la primera dama española consagrados. Solicitan de mí esos renglones los que la dirigen, no sé si bien ó mal inspirados, acaso recordando que la suerte me deparó hace poco la ocasión de volver por los fueros de la verdad, rompiendo una lanza contra las burdas invenciones de una malquerencia de todo punto inconcebible, ya felizmente dadas al olvido. Y aparte de que todo intento literario bien encaminado no puede encontrar en mí más que consideración y deferencias, ¿cómo resistirse á tan simpático encargo?, ¿cómo negarse á deseo tan natural y tan legítimo?, ¿cómo sustraerse á cometido tan honroso? No lo intenté siquiera, y buena prueba de ello es este artículo.

* * *

A inscribirse va en breve plazo un nombre augusto nuevo en ese incomparable catálogo de las *Reinas Católicas*, dejado á la posteridad por la pluma portentosa del Padre Flórez, el patriarca reconocido de la moderna Historia española; quien, juzgando con razón ser una cosa misma la historia de la Monarquía que la vida de sus Reinas, en absoluto inseparables, abrió la regia galería con el nombre preclaro de aquella Ingunde de Austrasia, la mujer del Rey mártir San Hermenegildo, por la cual comenzó en realidad la conversión de los Godos á la Fe, y la cerró, al cabo de doce siglos, con el de María-Amalia-Walburga de Sajonia, la mujer de Carlos III, de tan corta vida como dulce y buena memoria.

Desfilan en ese pequeño, pero maravilloso libro, á la acertada evocación del sabio religioso, las Reinas de los Godos en pleno siglo vi, desde la nuera del terrible Leovigildo hasta la esposa del malaventurado Rodrigo; las Reinas de Asturias y de León, desde la compañera misma de Pelayo; las Reinas de Castilla, desde la grande Emperatriz Doña Sancha; por fin, realizada la unidad nacional, las Soberanas de todas las Españas, que comienzan con Doña Isabel la Católica, con la sinventura Doña Juana y con su nuera Doña Isabel, la abuela; la madre y la mujer del César que imperó sobre la mejor parte del mundo. Y todo ello á través de extraordinario número de Princesas esclarecidas, nacidas las unas en las demás Cortes de la Península misma, en Navarra, en Portugal, en Aragón, ó en los grandes Solares de la vieja raza gótica, ó en la misma Realiza Mora, como la gentil Zayda de Sevilla; venidas las otras desde las tierras más alejadas y remotas, de Borgoña, de Toscana, de Aquitania, de Polonia, de Inglaterra, de Francia, de Alemania, ya en los tiempos modernos titulándose Infantas de Portugal, Archiduquesas de Austria, Hijas y Nietas de Francia, Princesas de Baviera, de Saboya, de Parma, de Orléans y de Sajonia.

Ahora una nieta augusta de los Reyes de Inglaterra viene á sentarse en el Trono más viejo del orbe, ocupado felizmente por el Rey más joven. Levantado por Don Pelayo, con solo un puñado de cristianos, en el misterioso rincón de la sagrada Covadonga; traído de acá para allá, sin un momento de quietud ni de reposo, en los largos y azarosos días de la Edad Media; aumentado pedazo á pedazo por cada sucesor de aquél en la lucha más tenaz, más duradera y ciertamente más gloriosa que registran los anales del mundo; engrandecido hasta lo inverosímil por una mujer excepcional, en cuyo solo nombre se compendia el maravilloso apogeo de la vida de todo un pueblo; ese Trono secular por el que han pasado tantas y tan extraordinarias vicisitudes, á cuya sombra veneranda se han hecho tantas y tamañas cosas, desde cuyas viejas tablas se han dictado leyes al universo entero; ocupado por santos, por guerreros y legisladores, bien puede decirse que no ha tenido casi igual en toda la redondez de la tierra. Cayó en pedazos por el suelo, pasa ya de medio siglo, el majestuoso edificio trabajosamente levantado por los Capetos franceses, de que era símbolo el solio no menos glorioso en que se sentaron Felipe Augusto y San Luis, Luis XI y Francisco I, Enrique IV y Luis XIV; vientos de locura y de muerte barrieron lo que parecía inmovible y eterno; rompióse el pacto secular entre los francos que, bajo su guía, habían asombrado al mundo con los memorables *Gesta Dei*, y la Familia predestinada que formaba á su cabeza, y Francia desde entonces se agita y se revuelve — ¡sólo Él sabe hasta cuándo! —, semejante á un cuerpo decapitado en convulsión perenne, mientras una turbamulta sin Dios y sin señor, salida no se sabe de dónde, reemplaza en las alturas á la Majestad cristianísima, ausente y desterrada. Caído el Trono francés hace más de medio siglo; deshecho por la mano demoledora del gran conquistador moderno el del Santo Imperio Romano, en que hacía tantas centurias venían sucediéndose los Hasburgos, felices y triunfadores; reciente aún el que la revolución italiana erigió para los Saboyas astutos y tenaces, en la propia Sede de Pedro el Pescador; flamante todavía el que la Alemania invasora levantó para sus Hohenzollern en el palacio mismo del Rey-Sol; no es vanidad pueril, ni quijotismo nacional, ni huera expresión de un patriotismo estrecho: el Trono más glorioso del orbe, ante la luz severa de la Historia, es el Trono de España en que se sienta Alfonso XIII; el Trono que tres veces la voluntad española ha dado á los Borbones, ya á Felipe V en la guerra de sucesión, ya á Fernando VII en medio de la invasión napoleónica, ya á Don Alfonso XII después de la revolución de 1868.

A compartirlo con aquél, desde las orillas brumosas del Támesis famoso, vendrá ya en breve plazo la joven y gentilísima Princesa, de cuya abuela ha podido decirse en estos tiempos lo que de nuestros Carlos y Felipes se dijo con razón en los suyos: «que el sol jamás se puso en sus dominios». Victoria-Eugenia trae á los Borbones españoles la sangre extraña soberana alemana é inglesa. Descendiente directa de los Grandes Duques de Hesse y del Rhin, que antes fueron los

Landgraves de Hesse-Darmstadt, á la Casa primera de Brabante, que tan gran papel hizo en la historia de la vieja Europa, se remonta su filiación varonil; siendo Enrique el Magnánimo, de esclarecido renombre, quien viudo de una hija del Emperador de Alemania y nieta del Emperador de Constantinopla, trajo á su casa por sus segundas nupcias la de Turingia, cuya gloria mayor es Santa Isabel de Hungría, perpetuándose ya en sus hijos la gran dignidad de Landgrave de Hesse, con el nombre y con los Estados. Por su madre, la Princesa Victoria, trae á nuestros Borbones la sangre de Sajonia de la rama de Coburgo, la más fecunda de la fecunda línea Ernestina, y ésta, mezclada con la sangre imperial de los Güelfos legendarios, llamados después Brunswick y Hannover lo mismo en Alemania que en Inglaterra.

* * *

Bien venida sea, pues, la Princesa de Battenberg cuando venga á aumentar con su nombre la lista de las Reinas Católicas, que el Padre Flórez terminó con la santa mujer de nuestro gran Carlos III, y que luego vinieron á llenar Princesas de Parma, de Nápoles, de Portugal, de Sajonia misma; y en nuestros días, por su propio derecho, la grande española que se llamó Isabel II; por sus matrimonios, la fugaz visión de gracia y gentileza que llamamos Reina Mercedes; la admirable Señora que fué ayer la Reina Regente, que es hoy la Reina Madre.

En esta última escuela española la Reina casi niña, cuya hermosa aparición esperamos, podrá continuar bien el noble aprendizaje comenzado en la otra grande escuela de Victoria I de Inglaterra. Escuela de virtud acrisolada, de cumplimiento del deber, la mujer de Alfonso XIII la encontrará también al lado de la madre insigne, cogida de cuya mano ha dado sus primeros pasos en el recinto reservado á la gran familia católica.

Saludemos alegres, esperanzados y ufanos al sol brillantísimo que aparece ya en el horizonte despejado, nuncio firme de venturas para España, dulce calor para el amoroso hogar de nuestro Rey mancebo; pero saludemos respetuosos y agradecidos el majestuoso natural ocase de esta otra vida augusta, consagrada exclusivamente — más de veinte años hace — á España y á los españoles; en que María-Cristina ha desplegado tamaña voluntad, tan grande entendimiento, tan supremo tacto, tan varoniles energías, como, más si cabe fuera de España, el mundo entero aprecia y admira. Y no olvidemos nunca á esta mujer, serena y valerosa en medio de tan grandes borrascas,

llevando hasta el puerto con mano firmísima el bajel de la regencia, combatido por los huracanes desatados, hasta entregar el disputado cetro al niño endeble del milagro, convertido por su constante solicitud en un Rey mozo, sano y fuerte, amable y enérgico, generoso y decidido, lleno de los altos deberes de la realeza, ya padre de su pueblo.

Si en realidad para esta melancólica figura de Archiducesa de Austria, Reina viuda y madre, digna nieta de María-Teresa, para esta figura nobilísima de Reina Católica comienza ya la Historia, comience con su justicia acostumbrada, y si para la nueva Soberana debemos pedir á Dios que supere á su antecesora en dichas y felicidades, de que con ésta el cielo no fué pródigo, contentémonos con pedir que la iguale en otros conceptos: en la fortaleza del espíritu, en el culto severo del deber, en las energías de la regia voluntad, en el amor ardiente á nuestra España.

Bien venida sea Victoria-Eugenia — como traída de la diestra por el amor, de la otra mano por las públicas conveniencias, esta vez, ¡dichoso caso!, en perfecto y absoluto matrimonio —; y venga la Princesa lejana á hacer la felicidad de nuestro Rey, que tanto importa á sus pueblos, como que ambas se confunden en el deseo de nuestros corazones y en las realidades de nuestra vida. Venga en hora buena, y que su nombre enriquezca la deslumbradora galería de las *Reinas Católicas*, que comienza en Ingunde, la mujer del Santo Mártir Hermenegildo, pasa por Doña Gaudiosa, la esposa de Pelayo; se detiene en Isabel I, la Grande, y acaba al presente en Doña María-Cristina de Austria, la viuda de Alfonso XII.

Así continuará su curso inalterable la noble Historia española, resumida fielmente en los hechos y en los nombres de sus *Reinas Católicas*, y así los Flórez de mañana podrán con razón igual que el del siglo XVIII reproducir en sus libros los versos del poeta latino, aplicándolos con la misma perfecta justicia que lo hizo él:

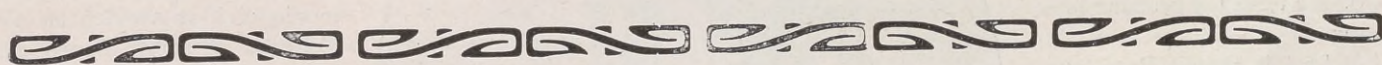
*Nec laude virorum
Censeri contenta fuit, nisi matribus æque
Vinceret...*

perpetuándose felizmente la hermosa tradición de la constante y bienhechora influencia de las mujeres insigne en los destinos providenciales de la España gloriosa y eterna, de la España grande de nuestros filiales amores y de nuestras firmísimas esperanzas.

F. Fernández de Béthencourt

Madrid, Abril 1906.

De la Real Academia de la Historia.



A MI CRUCIFIJO

¡Oh Cristo! Tú que al lado de mi lecho,
Donde busco el olvido más profundo,
Me dejas ver tu ensangrentado pecho,
Y tus brazos de amor abres al mundo;
No por tu Cielo plácido y eterno
Vuelvo á ti cada noche suspirando,
Ni por miedo al castigo del Infierno
Á veces á tus pies me ves llorando;
Vuelvo, porque mi madre en tu semblante
Sus moribundos ojos fijó un día...
¡Y entre sus manos te estreché anhelante
En la hora fatal de su agonía!
Vuelvo á ti, como el triste peregrino,
Que ya rendido y venturoso alcanza
El ansiado final de su camino...
Como al padre, al recuerdo, á la esperanza!

Marquesa de Bolaños

ENCRUCIJADA

Llegan hasta el Retablo del Cristo. Arroja al suelo
El guante la tapada del verde guardainfante;
Dos estoques se cruzan por recoger el guante
Y en sus hojas relumbran las estrellas del cielo.

La desdentada dueña quintañona se aterra
Y temblando masculla oraciones. La luna
Con tafetán de nubes la faz recata. Una
Imprecación, un hombre ensangrentado en tierra.

Sombras... pavor... Del toque de los Difuntos seco
Recuerda en los dormidos caserones el eco
El compás de los pasos seguros de la Parca;

Y á la luz mortecina de una lámpara, el Cristo,
Delante del convento de las monjas, ha visto
Santiguarse á Don Pedro Calderón de la Barca.

Antonio de Zayas

CRÓNICA RETROSPECTIVA

LA EMPERATRIZ EUGENIA

El 5 de Mayo de 1826, cinco años, día por día, de aquel en que murió en Santa Elena Napoleón I, vino al mundo en un antiguo y nobilísimo palacio de la calle de Gravina, de Granada, una niña llamada á ocupar en el mundo los más altos destinos. La pusieron en la pila los nombres de María Eugenia Ignacia Agustina, y sus padres fueron D. Cipriano Guzmán Palafox y Portocarrero, Conde de Teba y Marqués de Ardales, y su madre doña María Manuela de Kirpatrick y Geivigne.

Poco después del nacimiento de la niña Eugenia, su padre, el Conde de Teba, heredaba, por muerte de su hermano mayor, los títulos de Conde del Montijo, de Miranda del Castañar, de Mora de Baños, el ducado de Peñaranda y otros muchos timbres, con cuatro grandezas de España de primera clase que unir á la que disfrutaba desde su nacimiento.

Después de 1834 la familia Montijo se estableció en Madrid, ocupando una antigua casa de la calle del Sordo, que fué el centro aristocrático de la corte, y en 1837 la Condesa del Montijo marchó á París para hacer ingresar á sus dos hijas, Paca y Eugenia, en el colegio del *Sacre Cœur*, de la calle de Varenne, donde fueron educadas y donde recibieron la primera Comunión.

El año 1839 volvieron á Madrid con el triste motivo de la muerte de su padre, ocurrida el 15 de Marzo, y la viuda y sus hijas, que habían ganado importantes pleitos, pudieron instalarse con todo el rango que correspondía á su elevada clase en el palacio de la plaza del Angel, que tiene tan brillante historia.

La hija mayor, Paca, que había nacido un año antes que su hermana Eugenia, hizo en 1844 un brillante matrimonio casándose con el duque de Alba, doce veces Grande de España.

Después de este enlace, su madre ocupó el puesto de Camarera mayor en Palacio, se mezcló en la vida política, siendo una entusiasta partidaria de Narváez, abrió de par en par sus salones á lo más notable de Madrid y entonces brilló como astro de primera magnitud su hija Eugenia, en la que se unían á la belleza el talento.

Habiendo dimitido la Condesa del Montijo su cargo de Camarera mayor, á consecuencia de una de las intrigas políticas tan frecuentes en aquella época, se marchó con su hija Eugenia á París, y las dos fueron acogidas con gran afecto por lo más brillante de la sociedad aristocrática. Como extranjeras de distinción, fueron invitadas á las recepciones del Príncipe Presidente en el Palacio del Elíseo, y allí se convirtieron en amores las simpatías que durante una temporada en que se conocieron en Londres habían nacido entre el que había de ser Emperador de Francia y la hermosa aristócrata española.

Entre unos días pasados en Fontainebleau con todo el alto personal de la naciente corte y unos días de cazar piezas, crecieron rápidamente estos amores.

La hermosura de la Condesa de Teba en todo su esplendor; la intrepidez que demostraba en las cacerías, donde se presentaba como una deslumbradora amazona; el talento que demostraba en las conversaciones; la nobleza de su porte, lo limpio de su historia; lo noble de su linaje; el interés que la encantadora joven le había demostrado cuando era proscrita, todo encendió la llama del amor en el pecho de Napoleón III, y cuando ciñendo ya la diadema imperial se ocupó de buscar

esposa, anunció al Gobierno y á los Cuerpos Colegisladores, el 17 de Enero de 1853, que la elegida por su corazón era la Condesa de Teba.

Sus Excelencias las Condesas del Montijo y la Condesa de Teba, como se las llamaba oficialmente, fueron á ocupar el Palacio del Elíseo, y el matrimonio civil se verificó en las Tullerías el 27 de Enero de 1853 y el religioso, con gran pompa y esplendor, al día siguiente en *Nôtre Dame*.

Desde aquel día fué Emperatriz de Francia la granadina Condesa de Teba, y no ha habido soberana que haya ocupado con más dignidad ni con más esplendor un Trono, brillando en él por su belleza y por sus virtudes.

El 16 de Marzo de 1856 nació el Príncipe imperial, llenando de júbilo al Emperador y aumentando el prestigio de que gozaba la venturosa madre. Francia celebró con grandes re-



La Emperatriz Eugenia.

gocijos el acontecimiento, y el bautizo, que se celebró el 14 de Junio, fué una de las fiestas más espléndidas del imperio.

Este llegó á su apogeo el año 1867. El lujo, la gloria, el poder del Imperio nunca había brillado tan alto; la leyenda napoleónica había resucitado por completo, y se escuchaban sin cesar, aunque lejanos, los ecos de las glorias militares de Magenta y Solferino.

La gran revista celebrada el 6 de Junio de aquel año, y en la cual acompañaban á Napoleón III los Monarcas más poderosos de la tierra, fué la apoteosis del Emperador, como fué la de la Emperatriz aquel baile espléndido de las Tullerías, en que la cuadrilla del rigodón de honor la formaban Emperadores, Reyes y Príncipes.

Fué un sueño de gloria de poder y de grandeza del que no se despertó hasta la declaración de guerra en 1870, y los desastres que la siguieron hasta el famoso 4 de Septiembre, en que la Emperatriz tuvo que abandonar las Tullerías protegida y acompañada por los embajadores de Austria é Italia.

Buscó refugio en Inglaterra, donde ya la esperaban su hijo y su esposo, y allí encontró la más cariñosa hospitalidad.

Las relaciones de la Emperatriz Eugenia con la familia Real inglesa fueron siempre cordialísimas, lo mismo en los tiempos de su fortuna que en los de la desgracia. La Reina Victoria consideró siempre como una hermana á la Emperatriz Eugenia, y cuando esta augusta dama quedó viuda, el 9 de Enero de 1873, toda la familia Real de Inglaterra la prodigó los más cariñosos consuelos.

Filial fué el afecto que la desventurada dama profesó á la Princesa Beatriz, la más joven de las hijas de la Reina Victoria, que había nacido el 14 de Abril de 1857, y era, por lo tanto, un año más joven que el Príncipe imperial. Quizá, como con-

suelo á sus penas, acarició la augusta viuda planes de alianza que la hacían presentir un porvenir dichoso para los que tanto amaba. Su hijo fué á combatir en lejanas tierras bajo la sombra de la bandera inglesa, y en la lucha sucumbió desgraciadamente, destruyendo aquellas esperanzas.



La Emperatriz y sus damas de Corte.

Su cariño hacia la Princesa Beatriz, filialmente correspondido, fué para ella bálsamo de consuelo; y cuando la Princesa de la Gran Bretaña se casó con el Príncipe Enrique de Battenberg y tuvo hijos, éstos fueron mirados con cariño por la Emperatriz Eugenia, y especialmente la Princesa Ena, de la que fué madrina.

A su lado puede decirse que ha crecido la encantadora Princesa, á la que el porvenir reservaba tan alto destino, y de labios de la que nació entre los cármenes de Granada escuchó por primera vez el nombre de España su futura Reina.

Próximo ya el fausto acontecimiento, surge al lado de la hermosa figura de la futura soberana, sonriente de juventud y de belleza, la venerable y respetabilísima de la que más brilló y más ha llorado en el pasado siglo XIX.

Kasabal

A FELIPE II

Ignoro qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad impura
enlazó tu tristura y mi tristura
y adunó tu idealismo y mi idealismo;

Mas sé por intuición que un astro mismo
ha presidido nuestra noche oscura,
y que en mí como en ti libra la altura
un combate fatal con el abismo.

¡Oh, Rey, eres mi Rey! Hosco y sañudo
también soy; en un mar de arcano duelo
mi luminoso espíritu se pierde,

Y escondido como tú, soberbio y mudo,
bajo el negro jubón de terciopelo,
el cáncer implacable que me muerde.

Amado Nervo

INVIERNO

El sol. Un viejo parque.

Invierno, Blancas sèndas.

Montículos geométricos

y ramas esqueléticas.

En el invernadero

naranjas en maceta,

y en su tonel, pintado

de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,

para su capa vieja:

«¡El sol, esta hermosura
de sol! Los niños juegan,

El agua de la fuente
resbala, corre y sueña,

lamiendo, casi muda,

la verdinosa piedra.

Antonio Machado

POR AHÍ FUERA

Uno de los aspectos más brillantes de la vida parisiense — nótese que digo *parisiense* y no *parisién*, que sería igual á decir *londinén* ó *berlinén* —, es el de los espectáculos teatrales. La concurrencia al teatro, en París, no es tan lucida y alborozada como aquí; en cambio, llega puntual, se sienta sin meter bulla, escucha con atención religiosa, *entra* interesada y complacida en los más diversos géneros y asuntos, admite y alienta las tentativas literarias fruto de ideas nuevas y de evoluciones del sentimiento artístico — y además se remuda incesantemente, dando lugar á que así el entretenido *vaudeville* como el drama histórico de alto vuelo, alcancen sus 300 y 400 representaciones.

Y es de advertir que los teatros parisienses son caros é incómodos, y que allí no se conocen estas representaciones por horas. Actrices y actores son en París muy populares. Ponen la moda. Verdad que esta moda la discuten y hasta la condenan los anglófilos, y he escuchado una hora seguida fulminar el anatema de lo cursi sobre las corbatas y chalecos de Le Bargy en *El marqués de Priola*.

Reconozco mi incompetencia para dirimir la cuestión; estoy dispuesta á confesarla hasta en lo que se refiere á los atavíos y galas de las actrices, y á reconocer que no valen nada, á pesar de que los modistos regalan á las comediantas extraordinarias novedades en el ramo de pingos para que las lancen entre el ruido de un estreno. Los grandes figurines de arte reproducen, al lado de las fotografías de mujeres — maniqués, á la Réjane y otras estrellas, en tal ó cuál obra á *toilettes*. Y no falta quien se queje, ¿de qué no se quejarán? — alegando que los árboles no dejan ver el bosque, que los trapos lo absorben todo.

No sólo en las obras de época contemporánea, sino en las históricas y de «estilo», el gusto actual se revela, imprimiendo su sello, que es preciso reconocer por artístico hasta lo sumo. En cualquier «revista» ó «magia» hay trajes que seducirían á un pintor. El de la Ricotti, en *La ronda de las Estaciones*, parece un sueño, una acuarela inglesa de las más finas. Representa la *Primavera*, y es una mezcla armoniosa, como las que hace la Naturaleza libremente en prados y bosques, de hojas verdes y flores temblantes de almendro, blancas, con un toquecillo de rosa en el corazón. Se me figura que antaño no había esta gracia, esta delicadeza; para convencerse de que hemos progresado basta repasar, en álbumes, cuyas tapas están gastadas y descoloridas y ya no huelen á piel de Rusia, esos retratos añejos, amarillentos, recuerdo de antiguos bailes de trajes. Allí se ve al Amor con crinolina, á las Ninfas con polisón, y lo que fué admiración de los salones bajo Isabel II, arranca hoy una sonrisa de asombro irónico.

Recientemente se han estrenado en París bastantes obras de época contemporánea. *Corazón de gorrión*, *Triplepatte*, en el Athénée; *La ruptura*, en Les Mathurins; *El despertar*, en la Comédie Française; *Juventud* y *El corazón y la ley*, en el Odeón, han pretextado exhibiciones de sombreros tempestuosos de plumas, estolas en que el friolero armiño y la gasa tejida de aire se abrazan, ropones cortos de talle como faldón de recién nacido y zapatos coruscantes. Yo sostengo que en el palco escénico la gente sale infinitamente más peripuesta que en la vida real; que las habitaciones de papel están mejor amuebladas que la inmensa mayoría de los hoteles de ladrillo y yeso, y que si

algún personaje de las obras de ambiente histórico resucitase y viese la *mise en scène* de su vida y hechos, se maravillaría y no se reconocería de puro bien trajeado, limpio y espléndido.

También han dado motivo para extremar la propiedad escénica las obras militaristas, como *La retirada*, *Disciplina* y *La gran familia*. Al nombrar estas tres obras, cuya acción se desarrolla en cuarteles y pabellones, no puedo menos de fijarme en una particularidad: las dos primeras, de autor alemán, son serias y trágicas; sobre ellas se cierne, inflexible, la idea del deber, de la jerarquía y de la obediencia; la última, de autor francés, es cómica, con tendencia á esa *blague* ó zumba que destruye cuanto toca, más seguramente que la piqueta ó el corrosivo.

En *La Epoca*, por cierto, acabo de leer un artículo que manifiesta indignación contra *La retirada*, contra un espíritu de subordinación militar, que el autor del artículo considera atentatorio á la dignidad humana. A mí me ha sucedido exactamente lo contrario: lejos de sublevarme ese espíritu, me ha producido una impresión de grandeza y hermosura. Puede ese espíritu, ante un conflicto sentimental, estar en lucha con la piedad; pero, en cambio, ¡qué intensa conciencia de su misión en esa masa de hombres unidos, ligados, sometidos por el ideal de la defensa de la patria, vigilantes en la frontera, cumplidores de su obligación, veneradores del heroísmo, del juramento, del honor en fin! Sin duda, el drama, en la intención de su autor, va contra el ejército alemán; pero, al reproducir con realismo el ambiente en que se mueven los personajes, produce el inesperado efecto de una profunda admiración hacia organismo tan vigoroso. El drama de amor en *La retirada*, se parece á cualquiera otro drama de amor, y no importa; lo que interesa es la gran escuela de energía nacional, clave de los triunfos y las glorias del Imperio germánico.

Entre las obras mejor recibidas últimamente en París, figuran varias que son arreglos y adaptaciones de novelas. La noticia sorprenderá á los que ponen á la puerta del teatro un perro enseñado á ladrar y aun á morder á los novelistas. *Madame Bovary*, de Flaubert, y *La cousine Bette*, de Balzac, dieron ocasión para reconstituir dos épocas relativamente recientes y más olvidadas que las antiguas: 1840, 1850. — Trajes, mobiliario, caracterización, han sido la perfección misma; un desfile de diseños de Gavarni, con la exagerada elegancia de líneas, que señala la decadencia del romanticismo y la transición al naturalismo bajo Napoleón III. Son acaso estos períodos los que causan mayor extrañeza al reaparecer. Riñen con lo moderno y no se han impuesto aún por el sello del pasado. Miriñaques redondos y hombreras caídas; huecas faldas de volantes y mangas pagodas; peinados de *catogan* y chales de Cachemira... están dentro de la caricatura, más que del arte. Y el arte en París los ha salvado, evocando la poesía de esa época ambigua y febril.

Ya que de teatros hablábamos, contaré una humorada de autor dramático que me ha parecido bastante original. *La ruptura* es una tragedia truculenta, horripilante; pero antes de que cayese el telón, los actores muertos debían levantarse y poner en solfa sus infortunios en un diálogo cómico. Llegado el momento, no se atrevieron actores ni autor con tan extraña última escena, y lo que empezó trágico, trágico acabó igualmente. ¿No se atreverá tampoco nadie aquí...?

Emilia Pardo Bazán

LAS MUJERES DEL MUSEO



Fué un egregio dolor que pasó por la vida como una sombra ultrahumana y espectral. Su rostro ascético, rostro anguloso de Pelagia penitente, tiene un pálido color que no es de ámbar como el de las princesas orientales, pero lívido como de cirio. Mujer de sin igual destino. Excelsa Princesa doña Juana. En Castilla fué Infanta, y en Austria Archiduquesa.

Fué hija del Rey hermoso y de la Reina loca de amor. El César Emperador del mundo era su hermano. Un Príncipe de Indias podía ser sólo el esposo de tan fabulosa Princesa, y el Príncipe del Brasil fué compañero suyo, y al morir dejola madre de un Rey. Otro Rey extrahumano y legendario, rubio Príncipe que se parecía por su rostro á sus primos el Emperador Maximiliano, hijo de águilas, y el héroe D. Juan de Austria, que tenía la sangre de los semidioses. Fué aquel Rey Don Sebastián de Portugal, nieto quizás de Jason, pero más ciego que Argos. El Rey mancebo, de quien nunca se conoció la muerte, como de D. Rodrigo el desgraciado, como de Rómulo el feliz. Tal vez ascendió al Empíreo arrebatado por un águila

sagrada como Ganimedes, tal vez se internó en el Elíseo al galopar del Unicornio extraordinario.

Y doña Juana, en lo alto de su magnífica grandeza, se encontró á solas con sus tristes pesares. Y fundó el convento de las Descalzas Reales de Madrid, del cual fué la primera abadesa, y en donde dió refugio á otro imperial infortunio: al de su sobrina la Emperatriz María que viuda de Maximiliano, profesó en él.

Ved la gran majestad de la hermana de Carlos V con toda la severidad de los Austrias. Su mano siniestra oprime los guantes y el pañuelo. La seda de ese pañuelo es de Indias, acaso del cendal de una hermana de Moctezuma; el encaje de su borde es de Flandes, urdido quizás por los tenues dedos de la madre del conde de Egmont. Sobre el negro tafetán de su corpiño cuelga un velillo de batista finísima, y un Juan de las Viñas es el joyel esmaltado que le sujeta. Es como polichinela haciendo piruetas en el monasterio del Escorial.

Ved la frente de doña Juana. Es dos veces egregia porque está ennoblecida por la realeza y ungida por la desgracia. Ex-



celsa Princesa del Brasil, que fué abadesa de Descalzas después de ser en las Españas, Infanta, y en Austria, Archiduquesa.



Yo la vi salir de San Antonio de la Florida un suave atardecer de Junio de 1800. (Yo he vivido múltiples vidas como José Bálsamo y el conde de San Germán). Creo que fué el canónigo Escoiquiz quien me dijo un nombre: Tadea Arias. Un cadete de guardias de Corps de la compañía americana (su bandolera amarilla pregonábalo) seguía á discreta distancia. La dama burló al galán internándose en la Monclova, bello Trianón madrileño.

En la Monclova había la fiesta de las rosas y el triunfo de los claveles. Tadea Arias, con la duquesa de Alba y la marquesa de Javalquinto y la condesa del Montijo decían versos de Meléndez y se reían de las sátiras del buen D. Melchor Gaspar. Ante las bellas damas rendía Goya Nuestro Señor la divina ofrenda de sus pinceles.

La dama se viste con un copo de nieve, con una ilusión de tul, con una tenue túnica de vilanos. Péinase con el hueco tocado que en tantas bellas cabezas había despeinado la guillotina. Es acaso la dama el blanco clavel caído del cándido búcaro marmóreo que se yergue á su lado. La de Arias copió su vaporosa elegancia tal vez de la divina *Ladvenant*, que anda

paciendo estrellas en praderas de luz. Es polaca, y es pepillista. Sin embargo, un abate indiscreto nos dice que sonrió la otra mañana cuando viniendo del palacio de Osuna á una misa en San Cayetano pisó la capa de grana que arrojaba á su paso el excelso Pedro Romero en lo alto de la Ribera de Curtidores.

La otra noche tuvo miedo al oír desde el sagrario de su alcoba una saeta de la ronda del Pecado Mortal. Sintió deseos de ir á hacer vida eremítica en las cuevas del camino de Alcalá, junto al Abroñigal, y fué á consultar el caso con la Beata Clara. Pero al salir de casa de la iluminada sintió llena de ternura y de vida su alma madrileña y goyesca, y fuese al jardín encantado donde la esperaba como á una musa Nuestro divino Señor, D. Francisco Goya y Lucientes.

El bosque de la Monclova en el fondo del cuadro es acaso el bosque de Pafos. Bellos y aristocráticos labios cuchichean allí detrás. Hay sombreros redondos y paveros que tienen más prestigio cordial que los nobles sombreros apuntados que quedan en la Saleta de los palacios de Aranjuez y de Madrid. Hay miradas de chisperos que se enredan en el almagro de las mantillas de las duquesas, y no se desenredan.

Percíbese un rumor amoroso que nos trae la brisa. Sutil y suave brisa que viene del Guadarrama azul, que es en la vaguedad crepuscular como una montaña de ilusión en un país de ensueño.

Pedro de Répide

LA SENDA DEL AMOR

I

POETA. — Todo mi pensamiento érais vos al componer esta comedia; no fué tortura del ingenio, sino expansivo desbordar del corazón; ni Aristóteles, ni nuestro buen *Boileau* me impusieron su preceptiva rigurosa; toda mi retórica, todo mi arte, fueron vuestros ojos, donde juegan burlones los amores; vuestros labios, que niegan, crueles, los besos á que incitan; la luz color de rosa que ilumina vuestra blancura; vuestras manos, que imponen respeto á los abrazos, pudorosas como de santa virgen; los rizos que risotean el oro juvenil bajo la positiza severidad empolvada, como chicuelos traviesos que burlan del ayo gruñón. Escuchad, marquesa: el ingenio sólo puso sobre el amor en mi comedia algo así como el lunar que oprimís entre vuestros dedos, dudosa de si el adorno añadirá ó quitará un encanto á vuestra hermosura. . .

MARQUESA. — Dudosa al colocarlo, tomad, á vuestra elección lo dejo. . . Y empiece la comedia.

II

LEANDRO. — No tiembles. Está muerto.

CELIA. — ¿Qué hiciste?

LEANDRO. — Me disputaba tu cariño. . .

CELIA. — ¡Un hombre muerto! ¡Por mí! ¡Y unos viejos que lloran por nosotros!

LEANDRO. — Se oponían á nuestros amores. . . No recuerdes, Celia mía. Mirame, habla ó calla; pero vuestras palabras ó nuestro silencio sean sólo de nuestro amor. . . Nadie nos sigue nadie llegará hasta aquí. ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor! (*Entra Polichinela.*)

POLICHINELA. — ¡Oh, loco, loco y desatentado joven, que así desoyes la experiencia, y quieres padecer por ti mismo la vida que otros hemos padecido para que tú lograras el fruto. . . Vuelve en ti. . .

LEANDRO. — Vuelve al demonio, viejo consejero, con tu experiencia (*Le mata.*)

CELIA. — ¡Leandro!

LEANDRO. — No vuelvas á mirarle. . . (*Isabela entra.*)

ISABELA. — ¡Ah, Leandro, Leandro! ¿Crees amar por vez primera? Repites la lección que conmigo aprendiste. . . No, no dirás nada nuevo. . . ¿Te acuerdas? Las mismas frases vulgares,

que entre nosotros al principio parecían sagradas, como de rito misterioso, porque un destello celestial las animaba. . . Después. . . eran cuerpo sin alma, oraciones sin fe, rito sin creencia. . . Extinguido el amor, te amo; parecía más indiferente que cuando el amor, con divina apoyatura, pronunciaba palabras insignificantes. . . ¡Hermosa noche! El Rez está enfermo. Madame Du Barry ha cambiado de amante. . . ¡No lo olvidas, Celia, no lo olvides! . . .

LEANDRO. — ¿Y merecías amor eterno? ¡Mujer engañadora, cruel, falsa! . . .

ISABELA. — ¡Sí, todo eso! . . . ¡Así muero por ti! . . . (*Desaparece.*)

CELIA. — Corre hacia el lago. . . se acerca á la orilla. . . ¡Leandro! . . . ¡Huye de mí! . . .

LEANDRO. — ¡No, Celia mía!

CELIA. — ¡Déjame! Por mí lloro más que por ella. . . Juraste amor eterno. . .

LEANDRO. — Faltó el amor, alma del juramento; porque mi alma es sólo tuya, tuya por siempre. . .

CELIA. — ¡Así la dirías tantas veces! Déjame llorar.

LEANDRO. — Lloras, sí; dulces besos los que pueden secar lágrimas. . . Pero no temas, sígueme. . . ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor!

CELIA. — Es imposible nuestra felicidad. ¡Tanta sangre, tantos muertos, tantas lágrimas!

LEANDRO. — ¿Sabes de alguna dicha que cueste menos?

III

POETA. — ¿Qué os ha parecido mi comedia, marquesa?

MARQUESA. — Los muñecos son muy graciosos, y muy lindamente vestidos, y el bribón de vuestro paje se da muy buena maña para manejarlos. . . ¿Qué edad tiene?

POETA. — Dieciséis años.

MARQUESA. — Pues da mucho sentido á lo que dice. . . Le aseguro buena suerte con las damas. . . ¿No lo creéis?

POETA. — No. . . Porque mañana le envío á su pueblo. . .

MARQUESA. — No, porque desde hoy le tomo á mi servicio. . . ¿No es esa la moralidad de vuestra comedia? En la senda del amor no debe una detenerse por los muertos. . .

POETA. — Pues á vivir, marquesa. . .

Jacinto Benavente



Fachada del Palacio.



RESIDENCIA DE LOS DUQUES DE ALBA



éis primero una noble y severa verja en semicírculo que parece formada por múltiples lanzas de los tercios hincadas en la piedra. Lanzas que entraron en Amberes y formaron gruesa falange en Gravelinas. Bella guardia de honor á ese alcázar de príncipes y soldados, hijos de Júpiter y hermanos de Marte. Los próceres que tienen sangre de los Reyes británicos y de los más grandes capitanes españoles.

Aquí mora el actual duque de Alba con su familia, que hoy componen no más su hermano D. Hernando, que lleva el título de conde del Montijo, tan lleno de interés y de recuerdos, y su hermana la gentilísima doña Sol, que en tiempos de Bernardo de Balbuena hubiera sido comparada con la Reina Penthesilea por lo gallardo de su hermosura y lo hermoso de su gallardía. Nosotros creemos haberla visto copiada por el divino Goya. No puede negar que es del linaje de aquella excelsa doña Teresa de Silva y Alvarez de Toledo, que fué la ninfa de la Moncloa.

El gran duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, hizo labrar su palacio en la calle de la Emperatriz que hoy ha tomado su título, casa que fué vivida temporalmente por San Luis Gonzaga cuando vino de Milán con su padre, por San Francisco Caracciolo y por Santa Teresa, pariente del duque. En la que residió también D. Tadeo Calomarde; y hoy, restaurada, habita el ilustre duque de Tamames y de Galisteo. La duquesa de Alba, doña Teresa de Silva, vivió con su esposo, D. José de Toledo, marqués de Villafranca, la casa de estos próceres en la calle de Don Pedro, y luego en la del Arco del Barquillo, donde murió sin ver concluido el soberbio palacio de Buenavista, en cuya construcción llevaba invertidas considerables sumas, y luego fué regalado por la villa de Madrid al príncipe de la Paz.

Don Jacobo Stuart y Fitz James, descendiente de Jacobo II de Inglaterra, fué el insigne general español que, puesto al

servicio de Felipe de Anjón, decidió su causa en contra del Archiduque Carlos con la victoria de Almansa. Felipe V dió entonces á este preclaro duque de Berwick el título ducal de Liria. Quiso el egregio Stuart dar una justa mansión á su gran-



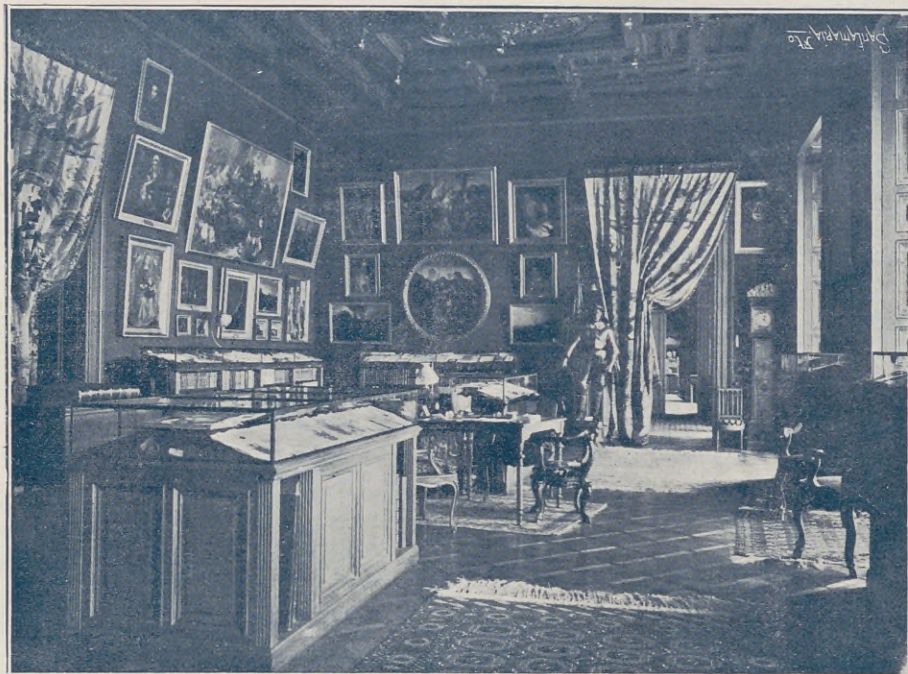
Escalera.



Comedor.

deza, y fué en el año 1770 cuando encargó al famoso arquitecto D. Ventura Rodríguez la edificación de este bello y poético palacio que escondido en el fondo de un frondoso jardín, es el más solemne, majestuoso y admirable palacio de Madrid si se descuenta el que sirve de morada á nuestros católicos soberanos.

Parece que un mal sino no ha consentido que mueran en él algunos de los que fueron sus habitantes. El bisabuelo del duque actual murió en un viaje de Lyon á Turin. Su padre en Nueva York. Su abuela, aquella condesa de Miranda, encanto de su época, murió en París hallándose allí para visitar á su hermana la Emperatriz de los Franceses, y en París también falleció (ahora hanse cumplido los dos años) su madre, aquella admirable doña Rosario Falcó, condesa de



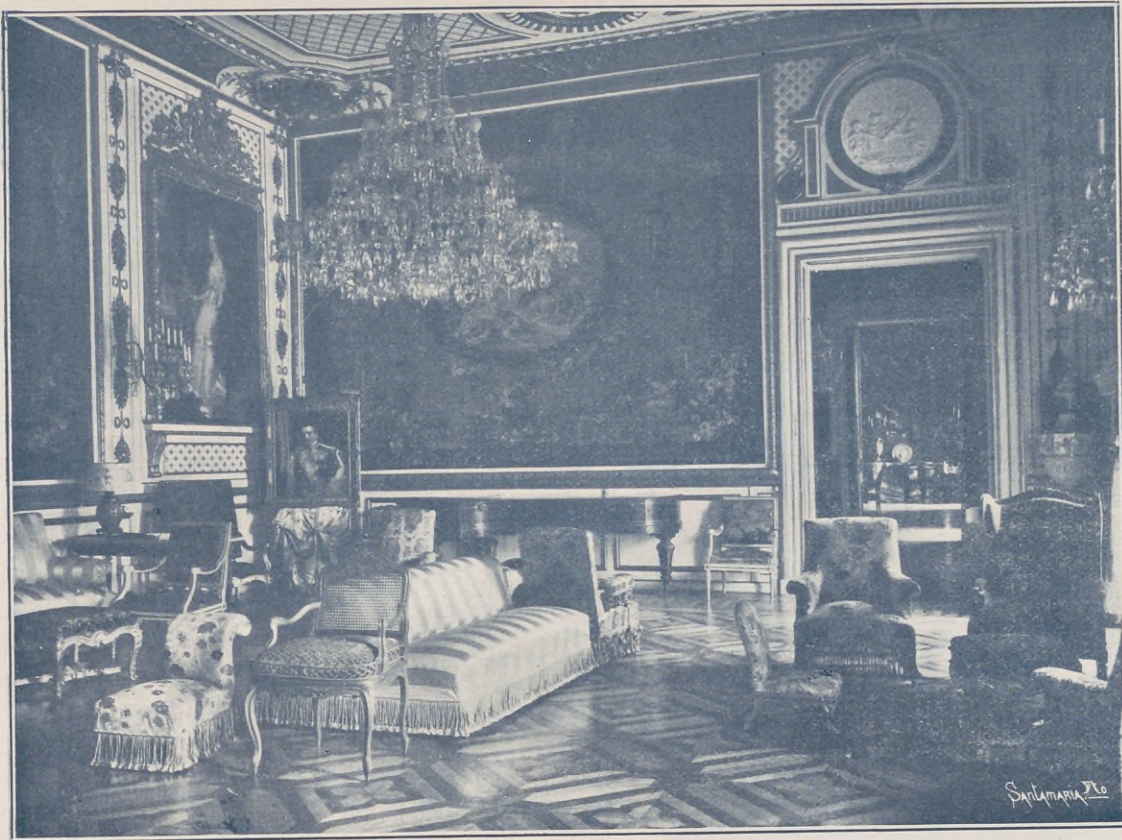
Biblioteca.

casa y las cifras de los duques fundadores.

Fuera nuestro placer que una profusión de grabados diese á los lectores de GRAN MUNDO la impresión de una visita á tan exquisito palacio. Pero ateniéndonos á las publicadas, puede desde luego admirarse la extraordinaria suntuosidad de la escalinata, que da muy claras muestras de conducir á cámaras de príncipes. Así el opulento comedor y el magnífico salón de baile. Pero la habitación más interesante de la casa es, á no dudar, la biblioteca. ¡Qué tesoro de documentos, riqueza de códices y caudal de cosas preciosísimas! Es á la última duquesa, á aquella excelsa dama, á quien se debe que podamos admirar todo esto. Ella restauró, inquirió, descubrió, ordenó. Extraordinaria é inolvidable labor fué la de la señora dos veces prócer.



Sala de tapices.



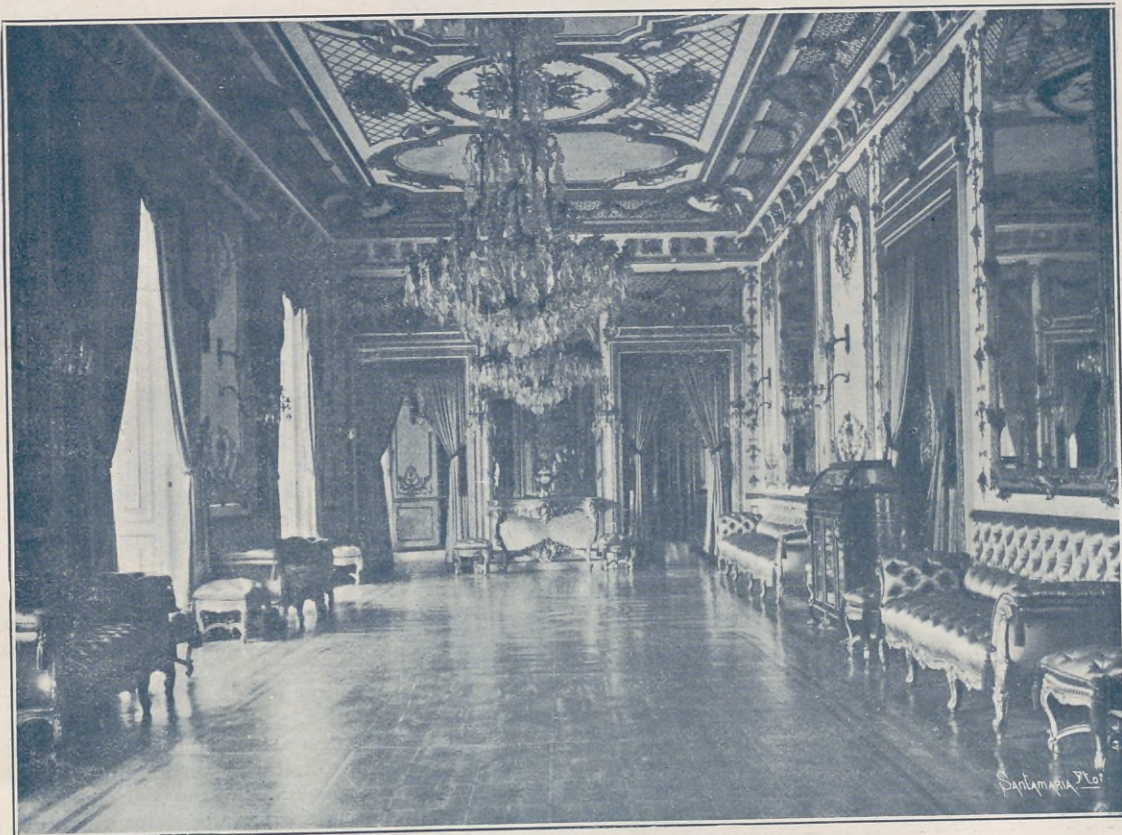
Sal6n H6bosson.

¿Quer6is ver el sagrario de la historia de Espa6a? Mirad el aposento de las banderas. Trofeos y estandartes que os hablar6n de San Quint6n y de Lepanto, de Par6s y de N6poles, y podr6an seguir dici6ndonos una gran epopeya. ¿Cu6les son despu6s entre tantos salones fastuosos las dos estancias m6s interesantes? Yo os lo dir6. Ese saloncito cuyos muros est6n cubiertos por unos deliciosos tapices que tienen toda la maravilla versallesca. Hay aqu6 dos retratos augustos: el de Napole6n III y el de su esposa Eugenia de Teba. Ellos fueron los que regalaron esos bellos tapices 6 su hermano el duque de Berwick y Alba. ¿Y el otro aposento fabuloso? Es aquel donde se guardan los mejores recuerdos de aquel buen amigo de la casa, D. Francisco Goya y Lucientes.

Esta es la casa que alberga tales maravillas del arte y de la historia y es la

¡Oh, supremo alc6zar de una aristocracia sin par! V6lente siempre los 6rboles tupidos, para que las miradas vulgares no te profanen nunca.

Cornaro



Sal6n de ba6le.

Fotograf6as Franzen.

mansi6n de esos supremos nobles que llevan entre su c6mulo de t6tulos el de Conde de Ler6n y de Lemus que por s6 s6lo es una gloria al recordar al excelso protector de Cervantes y de Lope, t6tulo que tambi6n llev6 otro pr6cer que fu6 virrey del Per6 en tiempo de Carlos II y mayordomo de la Reina gobernadora do6a Mar6a Ana de Austria. Los de dos validos memorables que fueron 6rbitros de la historia de Espa6a, cuando la de nuestra patria era la historia del mundo: Conde-duque de Olivares y Marqu6s del Carpio. Y otro tan glorioso como el de Conde de San Esteban de Gormaz.

INTELECTUALIDAD FEMENINA

Emilia Pardo Bazán

Al hablar de la intelectualidad femenina en España, corresponde, por derecho propio, el puesto de honor á Emilia Pardo Bazán, aunque, bien mirado, cuando una mujer alcanza el nivel que ha conquistado la autora ilustre de *La Vida de San Francisco*, no puede clasificársele entre la intelectualidad femenina, sino simplemente entre la intelectualidad. Porque no conozco en España autor, fuera de don Benito Pérez Caldós, que haya llegado en su obra á la intensidad que esta mujer admirable. En sus libros hay una riqueza tal de tipos y paisajes, tanta fuerza de colorido, tan intensa penetración psicológica, léxico tan abundante, limpio y castizo que hizo decir á Castelar en su célebre discurso, pronunciado en la Sorbona: «En las letras tenemos á una escritora celta, Emilia Pardo Bazán, á quien viva contamos entre los inmortales, y cuyas obras, aunque recientes, ponemos sobre nuestras cabezas, considerándolas como clásicas por su maestría en el estilo y en la lengua nacionales.»

En sus libros, que alcanzan á veces la energía é intensidad de los de un Tolstói ó un Gorki, nada denotaría á la mujer, si no fuese por una honda é intensa poesía que se desliza por sus páginas viriles, como corre un arroyo cristalino por entre las rocas de un paisaje abrupto. Esta poesía, aunque late intensa en todos sus escritos, se desborda principalmente en los que tienen por fondo la melancólica belleza de los paisajes gallegos *Bucólica*, *Los Pazos de Ulloa*, *El cisne de Vilamorta*, *La Madre*

Naturaleza y en las admirables páginas de *Alborada* en *La Guimera*. Pero dominando sobre esta esencia poética, hay algo de férreo, de enérgico, que parece privativo del temperamento y cerebro masculinos y que en ninguna escritora española, salvo Santa Teresa de Jesús, única, como hizo observar muy bien D. Juan Valera, á la que puede comparársela, hallamos, á pesar de contar con algunas del fuste de doña María de Zayas y doña Concepción Arenal. Y aquí surge una semejanza extraña al través de los tiempos, de las ideas imperantes y de las costumbres entre la mística Doctora de Avila y la defensora del naturalismo en nuestro país. ¿La defensora del naturalismo? Llegamos á uno de los puntos más interesantes de la historia literaria de esta mujer que, católica de buena cepa, puso las gallardías todas de su pluma, su ilustración sólida y vastísima y sus entusiasmos de luchadora al servicio de la causa del naturalismo, suscitando y sosteniendo con autores de la importancia de Valera, Alarcón y *Clarín*, la polémica quizás, y sin quizás, más interesante que en materia de literatura hubo en España. Y nótese que digo naturalismo y no medianismo, pues que lo defendido por la autora de *La Tribuna*, novela tipo de esta escuela, fué, más que la doctrina zolista, la restauración del castizo y neto realismo castellano, de que fueron maestros Cervantes y Quevedo.

Las obras de doña Emilia Pardo Bazán pueden dividirse en tres grupos: el primero comprende las obras críticas ó históricas; el segundo novelas y cuentos, y el tercero obras teatrales.

Su labor crítica ha sido, indudablemente, de las que mayor influencia han ejercido en la marcha intelectual de España. Aparte de *La cuestión palpitante*, en que ha compendiado los artículos que sobre el naturalismo publicó en *La Epoca*, al reseñar su labor crítica debemos contar sus «Polémicas y estudios literarios», el notable trabajo sobre «Quevedo» y el curso de literatura francesa dado en el Ateneo. El libro *San Francisco de Asís* es una de las obras más bellas, profundas y acabadas de nuestra literatura, digna de hermanarse con las mejores de los clásicos.

Tres son las cualidades características de sus ficciones novelescas: perfección de estilo, riqueza de colorido y maravillosa intuición psicológica. De la psicología rudimentaria de D. Pedro Moscoso de Cabreira y Pardo de Lages, marqués de Ulloa, á la exquisita y quintaesenciada de Silvio Lago, pasando por el ambicioso soñar de Felipe María del Leonato, hay abismos que, con clarevidencia extraordinaria, salva la Pardo Bazán. Como observó Rollo Ogden, hay en ella sensibilidad extremada á las corrientes de la literatura contemporánea, y en vez de cristalizarse en una fórmula determinada, evoluciona constantemente, y ella que en tiempos admitió la manera artística de Zola, cambia, se modifica y evoluciona hasta la modernísima estética, que consiste en buscar ante todo la sensación de belleza, y como ejemplo, véase la escena entre Clara Ayamonte y Silvio Lago en el estudio de este último. Además, para no envejecer nunca, tienen sus libros una cualidad inestimable: son verdaderos documentos humanos, y es que quizás piense la escritora insigne, con Stendhal, que «una novela es un espejo que paseamos á lo largo de un camino».

Después de que el estreno afortunado del intenso dramita *La suerte* le sirvió de ensayo de fuerzas, Emilia Pardo Bazán dió á la escena dos obras: un drama trágico, *Verdad*, y la comedia dramática *Cuesta abajo*. *Verdad*, para muchos de los que asistimos al estreno, fué algo nuevo, intenso, extraño, á la altura de ciertas obras de Gorki y Tolstói; pero el público, que iba preparado á exigir de Emilia Pardo Bazán más que de ningún autor, se mostró implacable, aun después de oír actos enteros sin respirar. *Cuesta abajo* fué un éxito, y como hizo notar el distinguido crítico *Caramanchel*, demostró que á la autora le aguardan en el teatro brillantes triunfos, iguales á los obtenidos en los demás géneros literarios.



Fotografía Franzen.

Antonio de Hoyos y Vinent

PINTORES DE MUJERES

DEDICARÁSE esta plana de la nueva Revista á todos los pintores de mujeres, nacionales y extranjeros, que han llevado á sus lienzos parte de la belleza femenina... Creemos, con algún crítico ya muerto, que los retratos son la obra más perdurable del pintor de genio, pues en ella, con el color, buen gusto, verdadera gracia y maestría que distinga al artista — imitador á lo sumo en estas delicadezas de soberbias creaciones que en retratos nos han legado Ticiano, Moro Coello, Van Dyck y Rubens — puede dejar en sus personajes también todo el verdadero carácter y el espíritu de su época. Esto hicieron en sus portentosos retratos Velázquez, Greco y Goya; y hasta tal punto consiguieron estos tres genios su propósito, que — fijémonos en ello con admiración — en España, en nuestros mismos años, no hay persona á la que no se la pueda incluir, por un exacto parecido, en alguna de las tres épocas: tipo de Goya, tipo de Velázquez, tipo del Greco... Y, curiosas y bellas amigas que esto leáis, comprueben ustedes esta verdad: en nuestras mismas casas, en los paseos, en los salones, en ese desfile incesante de tipos y caracteres...

* * *

En la actualidad hacen en nuestro país retratos casi todos los buenos pintores, ya célebres: Zuluoaga, Villegas, Anglada, Carbonero, Sala, Casas, R. Baroja, Bilbao, Miguel Nieto, Chicharro, Hermoso, Lezcano, Pla, Marin, Mezquita, Acosta, Sotomayor, Ferrant y otros varios que no recuerdo en este instante. Pero Sorolla, entre todos los maestros, es el que tiene más labor terminada y más bellas mujeres esperando con ansia día y hora en que el laureado artista las llame para posar... Yo, para unir con estas notas unos datos — de que habremos de prescindir por la falta de espacio —, visité días há al pintor valenciano en su casa de la calle de Miguel Angel; un hotel ni viejo ni nuevo, ni elegante ni mazorral, cómodo y espacioso, con un jardín abandonado, pobre y flébil, y varios estudios donde contemplaréis: hasta cincuenta lienzos del maestro; y veinte de ellos son retratos concluidos, á medio empezar y en bocetos. El maestro trabaja, trabaja con ahinco y emoción creciente en adelantar un originalísimo y bello retrato de una encantadora dama chilena, rubia — muy parecida á la marquesa de Ivanrey —, doña Elena Ortuzagal, divino ensueño que, enfrente del pintor está de pie vestida con joyantes sedas y blondas extranjeras. Es alta, soberbia, blanquísima, orgullosa. Adelántase en el cuadro, recogiendo con gracia exquisita un largo abrigo de pieles de armiño que cubre parte solo de sus na-



SOROLLA

carinas espaldas. Y esta elegante y bella señora, cuya presencia nos cautiva, al pronto la han reconocido nuestros ojos: la hemos visto, la hemos admirado, en todos los estrenos del teatro Español, ocupando un palco con la simpática, inteligente, angelical y modestísima señora de Sorolla.

En el mismo estudio curiosas visitas contemplamos: los re-



Retrato de la Sra. Laiglesia.



LA FAMILIA DE D. RAFAEL ERRAZURIZ. - Último cuadro pintado por Sorolla.

tratos de los Reyes de España en el salón del Trono; los de la condesa de Muguero; señoras de Eguilior, Beruete, Hurdelaiz; nietecita de los marqueses de Somosancho; de la monísima condesita de Casal, con mantilla negra, rosas en la cabeza y un tilde picaresco de expresión que con la factura toda del retrato recuerda los de Goya; otros retratos vimos recién acabados de la elegante y bella marquesa de San Félix y Santillana; de las hermosas señoras de Laiglesia y Rodríguez; comenzado uno de María Guerrero, interesante y bella, con traje del siglo XVII, y, en último término, como pintura admirable, llena de armonía y gusto, que más nos encantó, fijamos nuestra vista por largo rato, extasiados, llenos de admiración, en un grupo de la familia de los señores de Errazuriz, hermoso lienzo cuya sola descripción, con la impresión que ha dejado en nuestro ánimo, nos ocuparía todas las páginas del GRAN MUNDO. Vayan, pues, para este cuadro nuestras más sinceras loanzas.

Y en el breve espacio que nuestra visita dura, quedamos,

Fotografías Franzen.

lector, convencidos, que la vida de Sorolla, entregado á durísima tarea desde por la mañana á la noche, produciendo un cuadro por semana, sin tiempo para otros placeres, no es vida. Arrugada y descolorida hemos visto su faz, llena su cabeza de canas, endeble su cuerpo, atristados sus ojos. . . Y nuestras ideas, sin que nos diéramos cuenta de ello, fijos en la actividad y el talento más vario de unos hombres — naturalistas que llaman los críticos hoy —, en el carácter anárquico, triste, más complejo de otros; en el brío y mérito superior de otros pocos, casi no conocidos en su mismo país; en la frivolidad, aparente elegancia, excepticismo de los más, hemos unido nombres de artistas notables de una misma región.

Costa y Cajal, y hasta cierto punto Pradilla, aragoneses; Zuluaga, Unamuno y Pío Baroja, vascongados; Castelar, Moret, Villegas y hasta Valera, andaluces; Sorolla y Blasco Ibáñez, valencianos. . . ¿No es verdad, lectores, que los hijos nacidos en una misma región tienen — en esta época descentralizadora — vicios y virtudes, caracteres y vidas de hermanos?

Manuel Carretero

LIRA ANDALUZA

Cantares

Mira tú si por quererte
será el llorar mi destino,
que ya por mi cara han hecho
las lágrimas un camino.

Marinero, tú que tienes
hecha la vista á la mar,
dime si ves, á lo lejos,
un corazón naufragar. . .

Como la flor de la adelfa
tiene mi niña los labios,
pues son rojos como ella,
y como ella son amargos. . .

Miren que contradicción. . .
los ojos de mi morena
son más negros que la pena
¡y alegran el corazón!

Me estoy muriendo de pena
por no poderla querer,
¡ahora que se ha vuelto buena!

J. Alcaide de Zafra

NOVELISTAS FRANCESES PARA MUJERES



AL citar aquí algunos de estos nombres modernos preferidos del buen gusto y que puedan recomendarse á la exquisitez femenina, no hay razón para que el primero no sea el que es absolutamente príncipe en la contemporánea literatura francesa. Esto es, nombrar al admirable Anatole France. Su bella serenidad, como la del cielo helénico, debe hacerle amable para las damas. Su última obra, *Sur la pierre blanche*, aunque no es precisamente una novela, es una lectura codiciada para los espíritus femeninos que tengan amplia manera de pensar.

Es preciso que en esta breve y sucinta nota ocupe un lugar preeminente la condesa Martel. Esa Gyp adorable que conocen, á no dudar, todas las lectoras de GRAN MUNDO. Su última obra es *Genevieve*.

Sar Peladan el refinado, el amigo y compañero de Baudelaire y de Barbey d'Aurevilly, el autor de la gran serie de novelas que forman el poema de la decadencia latina, publicó no hace mucho *Modestia y vanidad* y recientemente nos ha dado *La licorne* (*El unicornio*).

Léase *Les lions*, última obra del ilustre Paul Adam, uno de

los más perfectos escritores contemporáneos. El parisianismo y la mundanidad de las señoras puede permitir que se las hable de mi amigo genial Willy, que acaba de publicar *Plage d'amour* y cuya anterior novela, *Maugis amoureux*, ha sido también últimamente traducida al español.

Del tierno y campestre André Theuriot, *La maison des deux Barbeaux*. Para las amantes de las novelas evocadoras de mundos muertos, *La danseuse de Pompéi*, de Bertheroy.

Y finalmente, aunque no hayan publicado recientemente, conviene citar aquí los nombres que pueden interesar á nuestro público *smarè* y femenino. Los hermanos Paul et Victor Marguerite, transcendentales pensadores; Pierre Loti, el incomparable y policromo narrador; el conde Roberto de Montesquiou Fezensac, y la condesa Mathieu de Noailles, que después de probar su maestría como poetas, han publicado novelas exquisitas, como no podían ser por menos viniendo del original habitante del Pavillon des Muses, de Neuilly, y de esa griega espiritual y gentil que ha ido, como Moreas, desde la tierra de Anacreonte á enriquecer las letras de la Francia.

C.

SERENATA A LA JUVENTUD

A Antonio de Hoyos.

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El Amor canta á tu puerta
¡Sal á abrirle, Juventud!

¡No estudies más, estudiante!
Cierra el libro en que aprendiste
— bajo esa lámpara amante —
á ver la vida tan triste.

Sobre un infolio encorvado
el viejo Fausto medita,
y en su lecho inmaculado
sueña con él Margarita.

La sien de esa calavera
que en tus horas angustiosas
de estudio, te desespera,
corona de frescas rosas.

Y así, de rosas ceñida,
verás cómo se convierte
en un símbolo de Vida
ese emblema de la Muerte.

No entones más tus plegarias
ante el Cristo solitario...
¡Ya no brotan pasionarias
en las cumbres del Calvario!

Arcángeles y campanas
cantan la resurrección...
¡Oye esas voces lejanas
dentro de tu corazón!

Los sueños que te engañaron
olvida... ¡Vuelve á soñar,
que los labios que besaron
sabrán de nuevo besar!

¡Sal á abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El Amor canta á tu puerta
¡Sal á abrirle, Juventud!

Francisco Villaspesa

PÁGINA INFANTIL

Recuerdos del Carnaval

MUCHAS y variadas fueron las diversiones con que en la sociedad aristocrática se celebraron los días del pasado y animadísimo Carnaval; pero entre ellas hubo una fiesta singularmente atractiva, con la que los Condes de Agrela quisieron solazar á los niños amiguitos de sus encantadores hijos.

Fué un día de gozo brillante, de recuerdo imperecedero para las diminutas parejitas, que primorosamente ataviadas con ricos trajes de diversas clases que componían un admirable conjunto, bailaron, jugaron y rieron en la más agradable de las reuniones.

La aparición de esta Revista estaba señalada para unos días después de celebrarse esta exquisita fiesta de niños. Hubiese sido entonces ocasión más propicia que la presente el reseñarla, publicando como hoy lo hacemos varios retratos de sus monísimos protagonistas, teniendo así nuestra información el atractivo y encanto de la actualidad. Circunstancias ajenas á nuestro deseo retrasaron la salida de este número, en el que no hemos querido en modo alguno prescindir de la publicación de los retratos de estos



Niña de los Marqueses de Jura Real.



Grupo de algunos niños que asistieron á la fiesta.



Hija del Conde de Torre Arias.



Hija de los Marqueses de Somosancho.



Niña de los Duques de Aliaga y Faustito Viana.

encantadores niños en las páginas consagradas á la «Aristocracia infantil», que publicaremos en números sucesivos.

La encantadora Rosarito Agrela vestía con suma gracia un lindo traje de aldeana y recibía con delicadísima amabilidad á sus pequeños invitados.

Iban también lujosamente ataviados, con sumo gusto y propiedad en sus



Hija de los Marqueses de Castrillo.

respectivos trajes, los lindísimos hijos de los Duques de Santo Mauro y Aliaga, los de los Marqueses de Viana, Somosancho y Casa-Torres; los de los Condes de San Luis y Valle, y los monísimos niños del Ministro de Marina y señora viuda de Delgado.

En fin, una fiesta de mucho encanto y atractivo para todos y de gratísimo recuerdo.

BABY

I

Dulce bebé, yo te saludo,
con gran respeto y gran temor.
Á tu vista me quedo mudo;
rubios cabellos, boca de flor.

Bebé simpático y menudo,
bebé travieso, enredador:
al contemplarte, ya no dudo
de que eres cuajo de un amor.

Eres no más un buen capullo:
y el capullo tiene el orgullo
de lo que había de ser después...

Por eso siento el alma inquieta
al ver jugar en la glorieta
á los revoltosos bebés...

II

Los bebés son los angelitos
porque los otros han volado;
tienen el aire de proscriptos:
la distinción del desterrado.

Los horizontes infinitos,
como flores, á su extasiado
mirar se abren. Son bonitos
porque aún no han trabajado.

Bebé risueño y parlanchín,
al contemplarte en el jardín,
siento nostalgia de lo que fué.

Y como no ha de ser posible
que defina lo indefinible,
sólo, ángel rubio, te diré,
esta palabra, dulce y clara,
que yo quisiera te halagara:
Bebé...

Andrés González-Blanco



EL TIRO DE PICHÓN

TIRADORES FAMOSOS



Roberts.

Tiro: Quien mata un animal á la carrera puede mucho mejor matar á un hombre, que corre menos, y quien mata una paloma al vuelo ese puede desafiar á todos los animales. No olvi-

EL Tiro de Pichón es ante todo y por encima de todo un día en el campo, un día al aire libre. Si el cielo es espléndido y la temperatura primaveral, los tiradores se encontrarán allí como el pez en el agua. Si el cierzo y la lluvia ó el granizo azota la cara de los escopeteros, el refugio inmediato, con todo el confort apetecible, ofrecerá ese contraste, que es la vida, y que no se puede obtener cuando uno está perdido en la montaña. El Tiro de Pichón es, además, el

demos que la esencia de la vida animal es la lucha en que vivimos, y que, aunque la civilización es el entendimiento de las disconveniencias de la guerra, estas disconveniencias son hijas del equilibrio en la posesión y en el manejo de las armas. Cuando el equilibrio desaparece, por fortificarse uno ó debilitarse otro, el peligro desaparece también para uno de los egoístas, y entonces, cuando cada vecino no es el peligro de los demás, el *quia nóminor Leo* subsiste bajo el nombre del *quia nóminor Real ó Ideal* para tragarse al débil. El *yo tiro*, á esto ó á lo otro, se dice con la sonrisa en los labios para enseñar los dientes.

El Tiro de Pichón es además una escuela filosófica. El *nosce te ipsum* es el anhelo de los sabios. ¿Por qué? Porque del conocimiento de uno mismo arranca el «dominio de uno mismo», y de este dominio,



Mackintosch.



Tiro de Pichón de Monte-Carlo.



Concurso de tiradores en Londres.

1.º Lord Savile (Presidente del Gun Club). - 2.º Harrison (el mejor tirador de Londres). - 3.º Paul Lunden (el mejor tirador de los belgas). - 4.º Journu (el mejor tirador de los franceses). - 5.º Conde O'Brien (el mejor tirador de los españoles). - 6.º Thelluson (notabilísimo tirador inglés). - 7.º Barón de Palland (el mejor tirador de los holandeses). - 8.º Coronel Boswal Preston (Presidente del Hurlingán). - 9.º Barón Montpelier (célebre «parieur» y tirador belga). - 10.º Vernon Barker (el tirador de las grandes distancias). - 11.º Capitán Leighton (el más antiguo de los tiradores ingleses). - 12.º Marqués de Villaviciosa.

que es el triunfo, la felicidad del que vence. En el tiro de pichón la emoción va *in crescendo* desde la primera vuelta, nos va dominando, nos va preparando a la derrota, a errar el pájaro... El que se da cuenta de esto y quiere tomar el trabajo de dominarse, llega a la meta. El que no quiere poner esa cantidad de esfuerzo, parece víctima de sí mismo. La mayor parte de los que no ganan es porque no quieren. Todo es cuestión de sangre fría. En los grandes concursos gané yo algunas veces por el poder de la imaginación. Me engañé a mí mismo. Llegué a creer que estábamos cuatro ó cinco amigos nada más tirando de broma, a pesar de cuya creencia ponía los cinco sentidos.

El tiro de pichón empezó en Inglaterra, en el clásico Gun Club. Los ingleses lo llevaron a Monte-Carlo, y de Inglaterra y Francia irradió a Italia y España, principalmente.

El *stand* más bonito hoy día es el de Monte-Carlo.

El Gran Premio de Monte-Carlo, que asciende, á más del objeto de arte, á unas 50.000 pesetas, es el más importante que se tira hoy día. Allí acuden todos los tiradores de todo el mundo. Empezaron ganándolo los americanos y los ingleses, algunos años ganaron los franceses, y los italianos, por último, se llevaron la palma. Guidicini y Graselli lo ganaron tres veces cada uno. El conde O'Brien, español, lo ganó una vez.



Tiradores madrileños.

Mackintosh y Robinson, australiano y californiano, los mejores tiradores del mundo, no lo ganaron ninguna vez. Yo llegué 2.º y 4.º dos años seguidos. ¿Por qué este triunfo de los italianos? Porque Monte-Carlo es el clima de Italia, es Italia. Los que acuden del cielo nebuloso de Londres se encuentran deslumbrados por aquel sol. Los que acudimos desde los setecientos metros de elevación de Madrid nos encontramos con la presión atmosférica del nivel de los mares. Los franceses dicen que Harrison es *imbattable* en Londres, Mackintosh en París, Graselli en Monte-Carlo y yo en Madrid. La costumbre de tirar en un sitio hace mucho. Pero no hay célebre tirador en un sitio que pueda estar seguro de matar un pichón, por fácil que sea. ¡Son tantas las causas que concurren á errarlo! Si hubiese un tirador que lo ganase todo, los demás no iríamos al tiro.

En España la afición aumenta de un modo prodigioso. S. M. Alfonso XIII tiene una vista, un pulso y un dominio de sí mismo excepcionales, y... gana casi jugando. Las tardes que pasamos en su compañía en la Casa de Campo son deliciosas, y el Guadarrama, ora azul, ora blanco, es el testigo mudo de nuestra dicha.

De los tiradores del extranjero, el que pasa por el mejor tirador del mundo es Mackintosh. Cuando el gran premio del Centenario de la Exposición Universal de París, que éramos 86 tiradores, él llegó primero, yo segundo y Mr. Murphy, campeón americano, tercero. Cuando vino á tirar el campeonato de España en 1901 yo tomé la revancha dejándole segundo y me di el pisto de haber ganado al mejor tirador del mundo, de ser el mejor tirador del mundo... (Esta naturaleza humana es endiablada.)

Otro tirador extraordinario es un inglés, Roberts, único que ganó en Monte-Carlo el gran premio y el campeonato trienal.

Si de Monte-Carlo volvemos al clásico Gun Club de Londres, allí veremos reunidos los grandes tiradores extranjeros.

Cuando el año pasado tuve la suerte de ganar las dos grandes copas internacionales, fotografiaron al grupo.

Si de Londres venimos á España, nos encontramos con los Tiros de Pichón más animados del mundo, por lo que se grita, por lo que se apuesta, por lo que se bebe. Andalucía es siempre Andalucía, y estoy seguro que la tirada que en honor de S. M. van á dar los sevillanos el Sábado de Gloria merecerá mejores plumas y mejores fotografías que las que yo aporte.

Pedro Pidal



LOS ESTRENOS LA PRINCESA BEBÉ



La portentosa imaginación de Jacinto Benavente nos lleva esta vez á Suavia, el imperio de hielo donde debió reinar el Príncipe Florencio. Henos en una de las estancias del Palacio imperial: tapices de motivos pastoriles cuelgan de los muros, enorme chimenea de piedra y artesonado techo la ennoblecen, y al fondo, al través del iris fragmentario de una vidriera de colores que lo ocupa por completo, percibimos un paisaje nevado. En derredor de una mesa de roble y sentados en sillones tallados á la moda de Enrique IV, el caballero Stinger y sus augustos discípulos dan lección de Historia. El Príncipe Alex — recuerda con su traje de terciopelo azul, su enorme cuello de encaje y sus guedejas blondas, los Príncipes que pintara Van Dyck — ha robado del cuarto de su abuela una revista en que se cuentan los escándalos de la Corte suava.

La llegada del viejo Emperador, con sus cabellos blancos y sus mostachos guerreros corta los comentarios infantiles.

Y tras penosa escena con el Príncipe Esteban, que ha abandonado sus privilegios para casarse con una cantante de opereta, entra la Princesa Bebé, maravillosamente creado por María Guerrero, la Princesa Elena, la que no admitía más ley que su conciencia, la adorada de estudiantes y grisetas, ¡pobre heroína de una novela de amor! Su vestir es acotado: traje de paño fresa con pequeña levita Luis XV y pechero de encajes cremosos de color; sobre los blondos rizados un ave rosa extiende sus peregrinas alas.

Viene á implorar tregua para su amor. Trae aires de fuera, ideas nuevas que resuenan demoledoras en el vetusto Palacio de los Césares. Y parte sin esperanza, dejando al viejo Emperador anonadado ante aquella revolución que inician los suyos, murmurar tristemente el estribillo de la canción estudiantil:

El viejo Emperador
¿qué sabe él lo que es amor?

Estamos en la costa azul. Una sociedad cosmopolita de Princesas, artistas, ladyes y cocottes — la enigmática sociedad que ama Lorraine —. En este Paraíso encantado, en medio de esa sociedad donde nadie es lo que quiere ser; en ese mundo donde, bajo la apariencia de exquisito refinamiento, existe la lucha primitiva por la existencia, sin más ley que las circunstancias ni otras armas que la belleza, el talento ó la riqueza, hallamos á la Princesa Bebé buscando refugio á su amor. En una «serre» del Casino de la estación invernal se nos presenta gentil, frívola y riente. Muros y techumbre de cristales, enormes palmeras y helechos arborescentes sirven de fondo. Diana de Lis (¡deliciosa Nieves Suárez!), la duquesa d'Arcole, el conde de Turnerols, Chantel y las Wailf son la enigmática sociedad

en que ahora vive. Está más bella que nunca. Albo sombrero de tul con grandes plumas, á la manera de los que ostenta en miniaturas de la época Marie Antoinette, cubre su gentil cabeza; traje de terciopelo «chiffone», azul gris, bordado en grandes ramos de plata y rosas, arrastra en lengua cola, y un gabán de tisú de plata bordado de cristal cubre su espalda, y su mano se apoya en un «baton», como los que vemos en las pastorelas de Watteau. Allí tampoco está la dicha. Inútil que ella quiera olvidar quién es; los demás sin cesar se lo recuerdan, porque en la vida los pequeños no aspiran á que los grandes descendan hasta ellos, sino que aspiran á elevarse hasta los grandes.

En el paraíso encantado de la Riviera se alza la villa del conde de Turnerols. En uno de sus salones, de estilo Luis XV, charlan la Princesa Elena y el millonario. Por el amplio ventanal vemos el cielo azul en que cuelga la lámpara de plata de la luna. Por las frondas semisilenciosas pasea una pareja enamorada. A lo lejos suena una música que entona un vals sentimental. Bebé viste de raso rosa bordado de cristal. Rosas orlan su falda, y cruza su frente una «ferronier» de brillantes. El conde le hablaba de amor y ella le ofrece su amistad... de Princesa de Suavia. Después Bebé, inconsciente, en su necesidad de sentir amistad y amor, chafa vanidades, ofende y acaba humillada por la querida del conde, y entonces renace su orgullo de raza, y sale altiva y desdeñosa de aquella casa, donde no han sabido agradecerle el honor que les hacía.

Princesa Bebé y Príncipe Esteban quieren vivir toda la vida, amar, gozar y sufrir, como aman, gozan y sufren los mortales no sujetos á la esclavitud social: á un mundo lleno de rutinarias hipocresías y de hombres cobardes. Y helos ahí en un bai-

le canallesco, con leyenda de trágicos horrores, paladeando gozosos el monótono ruido de una orquesta que muy cerca preludia los sonos de un vals, y embebecidos oyendo también las santas palabras de una mujer loca de amor por quien quiso asesinarla. Un café al aire libre, grisetas, una loca, y al fondo las luces de la ciudad lejana. Y allí, como en todas partes, les sigue su destino de poderosos que á su hambre de libertad y amor les contesta con la oferta del frío metal de una corona.

Salud á Benavente, el maestro insigne. Salud á María y Fernando, sus intérpretes.

A. de H.



María Guerrero en el tercer acto de «La Princesa Bebé».

Fot. Franzen.



Antes de comprar
Tarjetas Postales

visiten ustedes
la espléndida exposición de la

Casa Thomas, Sevilla 3
MADRID

donde siempre encontrarán
algo nuevo y de mucho gusto.

Compañía Española de Torrefacción

CAXAMBU

TOSTADERO DE CAFÉ

Montera 51 - MADRID - Teléfono 1582

Cafés puros, sin pinturas ni barnices perjudiciales á la salud ni azúcar quemado, tostados á diario con absoluta concentración de todos los principios activos del café, en aparato especial y único en España. Clases especialísimas para paladares finos y delicados, teniendo el honor de contar entre nuestra distinguida clientela á las más aristocráticas familias de esta Corte.

SERVICIO Á DOMICILIO — EXPORTACIÓN Á PROVINCIAS.

FABRICA DE SOMBREROS
para caballeros y niños

CARRASCO, MADRID

Precio fijo Alcalá 33 y 35 Precio fijo

Elegancia, novedad, surtido, economía.
Primera casa en sombreros de copa.

GRAN MUNDO
Y SPORT

Precios de suscripción:

Seis meses . 15 ptas. Un año 30 ptas.

Número suelto 1.50 ptas.

Se publica los días 5 y 20 de cada mes.

ADMINISTRACIÓN: Marqués de Cubas 13 duplicado.

VILLASANTE - ÓPTICO

Príncipe N.º 10 — MADRID — Teléfono 1050

Completo surtido en Gemelos de Teatro y Campo.
Lentes y Gafas de todas clases. Cristales superiores combinados é Isometropes de magnifico resultado para la vista.

Imprenta Artística

José Blass y Cía

Madrid, San Mateo 1

CASAS RECOMENDABLES:

El Paraíso
Equipos y canastillas
Carrera de San Jerónimo 4

Matías López
Bombones y chocolates
Montera 25

Efectos de caza y esgrima
Manuel Pardo
Espoz y Mina 6

Gran Sastrería
Eustaquio Soler
Mayor 29

Carlos Knappe
Material eléctrico de todas clases
Sagasta 6

Camisería
de los Hijos de A. Magdalena
Arenal 15

Marabini
Joyería
Cedaceros 1

¡Eureka!
Zapatería elegante
Cedaceros 11

„Los Burgaleses“
Manuel del Río
Príncipe 8

Vinardell y Cía
Mosaicos hidráulicos
Alcalá 14 y 16

Compañía GAL
Fábrica de Perfumería
Ferraz 25 y Arenal 2

L. Herce
Modes, Robes y Manteaux
Alcalá 23

Alvaro Ureña
Gramófonos y electricidad
Barquillo 14 y Prim 1

La Palma
Valentín Robredo
Sevilla 12 y 14

Calzado elegante
Santiago Prado
Esparteros 9

La Hébé
Corset moderne y de style
Carretas 39

Abanicos y sombrillas
Luis Colomina
Pta. del Sol y Carrera S. Jerónimo 1

Camisería
de Ruiz de Velasco y Martínez
Casa especial en ropa blanca
Montera 7

Franzen
Fotógrafo de la Real Casa
Príncipe 11

Fábrica de guantes
Federico Gely
Espoz y Mina 3 entresuelo

Francisco Lozano
Venta de automóviles y accesorios
Paseo de Recoletos 14

Antigua casa Tournié
Mayor 31 - Teléfono 698
Restaurant - Pastelería

Confitería Roldán
Carretas 35

Antonio G. Vallejo
Fabricante de muebles
Jardines 40



IMPRENTA ARTISTICA
JOSE BLASS Y CIA
MADRID - SAN MATEO 1